

valor relativo y una esfera restringida. Puede ser más ó ménos extensa, segun la cultura, las costumbres, el carácter, la distribución de las fortunas y las condiciones económicas; pero es muy recomendable, en los límites indicados, en una nación que cuente con muchos ciudadanos capaces, ricos y patriotas.

LIBRO TERCERO.

LA NATURALEZA HUMANA

COMO BASE DE LA POLÍTICA.

CAPITULO I.

LA RAZA Y EL INDIVIDUO (1).

El Estado tiene su fundamento último en las aptitudes y en las necesidades de nuestra naturaleza, existe para los hombres, y éstos son sus elementos constitutivos. La ciencia política debe, pues, estudiar ante todo la naturaleza humana.

El hombre es un ser compuesto de un cuerpo y un alma, ó lo que es sinónimo para la mayor parte: el hombre es espíritu y materia.

Esta gran distinción ha sido siempre y casi universalmente reconocida; para los unos, el alma es el elemento principal que toma de la materia sus órganos de acción, en su relación con la naturaleza; para otros la materia es la fuente de los atributos del espíritu, la que produce el alma, y es condición de su existencia. Los primeros explican el oído y la vista por la fuerza de la percepción que existe en el alma humana, aún en la del sordo y el ciego de nacimiento; contestan los segundos que el pensamiento es una

(1) La importancia, poco notada hasta hoy, de la distinción psicológica de los dos conceptos de que se ocupa, y la novedad del asunto excusarán la demasiada extensión que damos á este capítulo.

especie de fosforescencia del cerebro, un juego y un movimiento nervioso.

La *fisiología* indaga los fenómenos corporales y visibles, y llega experimentalmente de conclusion en conclusion á la existencia del espíritu. La *psicología* estudia principalmente la conciencia humana, y se esfuerza en investigar el secreto de la vida.

Ambos caminos conducen á verdades excelentes y se comprueban el uno al otro, evitándose gran número de errores.

Pero la ciencia política se dirige con preferencia á la segunda, porque el carácter y el espíritu de las naciones y de sus grandes hombres son los que determinan principalmente la naturaleza y marcha del Estado. Las reflexiones políticas son, ante todo, psicológicas.

Por otra parte, una investigación psicológica más profunda nos conduce á una segunda distincion, que nos muestra la naturaleza humana, bajo los colores más ricos y variados que la tradicional y sensible distincion del alma y cuerpo.

Estudiando mejor á los hombres, encontramos en ellos fuerzas y atributos determinados, ya *comunes* á una familia, á una tribu, á un pueblo, á una raza, ó á todos, ya puramente *individuales*. Esta importante observacion puede resumirse en estos términos: En todo hombre hay elementos *étnicos* ó de raza y elementos *individuales*. Todos poseemos una doble naturaleza, en donde se reproduce tambien doblemente la distincion de alma y de cuerpo. Algunos de los grandes apóstoles, San Pablo, por ejemplo, y algunos filósofos antiguos, especialmente los brahmanes de la India, han tenido el presentimiento más ó ménos exacto de esta verdad; pero sólo los modernos son los que la han profundizado y analizado científicamente.

El individuo y la raza distan mucho de hallarse siempre en perfecta armonía. Ciertos hombres tienen excelentes atributos de raza, y apenas se notan los individuales ó comunes; su exterior revela un origen elevado, y cubre su miseria. Otros, vulgares por la raza, tienen individualmente una clara inteligencia, una sensibilidad esquisita y un gran carácter. A veces, un plebeyo inteligente encuentra cierto embarazo para expresarse, y obrar delante de un noble distinguido, pero de escaso talento; ocurriendo

tambien que un simple criado adquiere un gran ascendiente sobre sus nobles señores, y dirige á su antojo los asuntos de la familia; donde notamos que unas veces triunfa el individuo y otras la raza.

Todo observador hallará en sí mismo una série de oposiciones profundas entre su raza y su individualidad. ¿Quién no ha sentido surgir grandes luchas en el fondo de su alma entre las tendencias de nacionalidad, de familia ó de medio, y los deseos y aspiraciones del individuo? Ora es el espíritu comun el que prescribe el deber, y el egoismo individual el que resiste; ora es la conciencia personal la que quiere dirigirse hácia un fin ideal, y la inferioridad de la raza la que le corta las alas. Sólo nuestra doble naturaleza puede explicar estos conflictos.

Estudiémosla, pues, más de cerca, sea en su carácter propio, sea en sus relaciones con la vida del Estado.

s.º *La raza aparece desde un principio en la conformacion física.*

El individuo queda primeramente como oculto en el cuerpo.

A simple vista podemos percibir los rasgos comunes que tienen un sér á la especie humana; la estructura del cuerpo, los miembros, los órganos, etc., no dejan duda alguna. La diferencia de las grandes razas humanas es tambien muy visible: una ojeada basta para distinguir al negro del blanco, y á éste del Chino. Entre los blancos distinguimos tambien fácilmente al Ario del Semita, al Latino del Germano, al Eslavo del Turco: con algun ejercicio distinguimos tambien al Inglés del Aleman, y al Francés del Italiano. La comunidad nacional se marca ademas en el exterior, en el vestido, en los modales, en el porte. Un observador atento hasta sabe distinguir por mil detalles el carácter de familia. Todo esto constituye la *raza física visible*.

Más difícil es descubrir el espíritu individual. Las diferencias exteriores, la figura y la estatura, distinguen perfectamente á las personas; pero se oculta bastante su individualidad moral.

Si se quiere concluir de la nobleza de la raza la del individuo, suele acontecer que, bajo la envoltura dorada, sólo se oculta podredumbre, ó que, creyendo encontrarse con un hombre rudo y grosero, se encuentra uno con un espíritu delicado y un corazon sensible. Entre la raza lasciva de los

Famos, puede encontrarse un Sócrates; entre la raza enérgica de los Cláudios, un licenciado como Neron. La individualidad se manifiesta, pues, por los actos más bien que por las formas físicas.

2. Pero nuestra distinción no se confunde con la del espíritu y la del cuerpo, con la de alma y la de la materia. La raza no está sólo en el cuerpo, sino que tiene, como el hombre, su cuerpo y su alma.

En efecto, el espíritu y el carácter aparecen en todos desde un principio. Se realizan en un cuerpo semejante: han recibido exactamente los mismos órganos. El sentimiento, la conciencia y la raza humana no son individuales, sino comunes.

Asimismo, los pueblos y las naciones, las estirpes y los órdenes, las tribus y las familias, tienen cada cual sus aptitudes morales especiales. El ingenio del Francés, el sentimentalismo del Alemán, la fe ardiente del Español, son atributos morales de la raza nacional. En las familias mismas se ven cualidades, pasiones ó debilidades que se transmiten por herencia. Como la antigua aristocracia romana, tiene la aristocracia inglesa sus principios políticos que se transmiten de generación en generación, cuya transmisión *dinástica*, se conserva á veces durante muchos siglos. Nadie ignora la tenacidad con que ciertas razas puras de campesinos guardan sus creencias y sus supersticiones. El *pecado original* de que nos habla la Iglesia, no es sin duda más que una alusión á los defectos de la raza, y puede decirse en el mismo sentido, que hay también *virtudes originales*. Hay pues, un espíritu de raza.

El espíritu individual tiene asimismo la facultad de manifestarse por palabras ó actos, y hacerse visible en el cuerpo.

Ciertos pintores medianos nunca llegan á hacer un cuadro, ni siquiera una figura original; no pueden pintar más que la raza, los rasgos de familia, lo que salta á la vista. El artista sabe descubrir líneas más finas, sombras y luces más delicadas, la individualidad viva.

El espíritu individual imprime, en efecto, su sello al cuerpo mismo, en cierta medida. Si se oculta ordinariamente bajo la raza física, durante el sueño, no sucede lo mismo cuando el hombre está despierto, y sobre todo, cuando está animado. Puede decirse que se descubre la individualidad

en proporción á la agitación que la aguijonea. De repente aparece en el rostro, en el gesto, en las palabras; parece como que sale por los ojos. Un cuerpo raquítico y enfermizo parece que debe ocultar un alma intranquila y timorata, y resulta despues que es un héroe; su energía enardece, su voz truena; manda y arrastra en pos de sí á todo el mundo. Una persona nos parece fea, y la vemos despues animarse, embellecerse, brillar bajo todos aspectos; y otra que nos parecía bella, cuando descubrimos sus malas pasiones, nos parece repugnante.

Pero no es sólo de paso como la individualidad se revela, sino que obra sobre el cuerpo de una manera permanente, y se determina en caracteres indelebles, en sus agitaciones interiores, en sus trabajos, en su vida toda. Pequeñas desigualdades, depresiones y prominencias, rasgos imperceptibles, líneas extrañas vienen lentamente á transformar la primera expresión del rostro. Así, pues, la individualidad del hombre es más fácil de reconocer en la edad madura que en la juventud.

Si los sentidos transmiten al espíritu sus impresiones, éste reobra á su vez sobre ellos. El ojo percibe, el espíritu tiene conciencia: habiendo de este modo un lazo de unión indudable entre el órgano y el alma. Del mismo modo, ésta se manifiesta en los ojos, en la expresión del rostro. Cuando el pensamiento ilumina el semblante como una antorcha, cuando la voluntad se declara, y, cual una corriente eléctrica, hace que se agite el sistema nervioso, puede decirse que revela el alma una especie de fuerza material. Por último, cuando la individualidad se manifiesta principalmente en sus actos, hay también en esto una íntima unión del cuerpo y del espíritu, ya sea visible, ya invisible.

El dualismo del alma y del cuerpo, la acción y la reacción de lo interior y de lo exterior, del espíritu y de la materia, se encuentran, pues, lo mismo en la raza que en el individuo.

3 La raza se hereda; la individualidad, no.

El cuerpo del niño procede del de los padres, y recibe sus cualidades de raza, aunque en proporciones distintas. Ora tomará más de la madre, ora del padre, y hasta de algún abuelo; pero sus cualidades de raza marcan siempre su filiación; el niño continúa corporalmente la raza de los ascendientes.

Esta trasmision natural de la raza, que es el fundamento de la sucesion legitima del derecho privado, de la herencia, de los lazos locales, nacionales y de ciudadanía en derecho público, y hasta de la sucesion dinástica al trono. La herencia de la raza es la condicion indispensable de la existencia del pueblo, cuya verdad se ha comprendido mejor despues que Darwin ha demostrado cientificamente la herencia natural de las razas.

Pero al lado de la raza se halla el individuo, y las circunstancias son ya diferentes. Hay cualidades individuales que en vano se buscarán en los ascendientes. No es raro que un gran poeta ó un gran artista sean hijos de padres rudos. Un creyente severo engendra un libre pensador exagerado; un padre cobarde, un héroe; una madre criminal un santo.

Así, pues, por la raza, está el hombre estrechamente ligado y subordinado á sus padres; por la individualidad, se separa y revela su independencia, y hasta su superioridad. A ningun europeo llamará la atencion ver á un hijo ejerciendo autoridad sobre el padre como sacerdote ó magistrado. De no atender más que á la raza, esto sería una inversion de los términos. Cuando Jesús dice á María: «Mujer, ¿qué hay de comun entre tú y yo?» No es el hijo el que habla á la madre, sino una individualidad que se dirige á otra.

Pero si el carácter individual no procede de los padres, sólo puede tener su origen en el espíritu infinito que es la fuente de toda vida espiritual. Bajo esta relacion, se presenta en cierto modo el individuo como el *verbo vivo de Dios*, y en un sentido especial se le denomina con razon, la creatura, el hijo de Dios.

4. La raza es esencialmente terrenal, su vida está ligada á la tierra; el espíritu individual, por el contrario, no teme lanzarse á lo sobrenatural y á lo infinito.

El hombre no puede respirar sin aire; marcha sobre piso firme, soporta sólo una temperatura determinada, se mueve en un círculo estrecho; esta es la herencia necesaria de la raza. El cuerpo es materia; se toma un momento, y se entrega despues á la tierra. Así tambien el pueblo y el Estado están invenciblemente unidos á la tierra en el tiempo y en el espacio.

Pero el espíritu individual se eleva atrevidamente mucho

más alto. La tierra no es su prision ni su madre; para él no es más que un objeto de estudio. Cuenta sus líneas, sondea sus profundidades; despues remonta su vuelo hácia los astros, mide su extension y la velocidad de sus movimientos, y calcula su peso. Su imaginacion se remonta sin esfuerzo más allá de nuestro mundo terrestre y se lanza á los espacios infinitos. El sentimiento de lo eterno lo conmueve, su corazon se inflama del amor de Dios; su pensamiento disuelve los cuerpos para descubrir sus primeros elementos, y sumergirse en el abismo del no ser (del Nirvana); y hasta es capaz de pensar lo infinito y de ver á Dios.

Así, el espíritu individual del hombre de Estado, á pesar de los lazos que sujetan las naciones al suelo por agrupaciones de raza, es capaz de comprender las relaciones del Estado particular con el conjunto del orden universal con Dios, la vida del espíritu, los supremos fines del hombre. Esta inteligencia debe ser para él una fuerza y un consuelo, que eleve su corazon por encima de las miserias y de las imperfecciones de toda existencia terrestre.

5. La raza está sometida á la ley orgánica de la série de las edades; marcha siguiendo periodos fijos, creciendo primero, declinando despues, y muriendo al fin. El espíritu individual se desarrolla por el esfuerzo, y puede crecer indefinidamente, hasta en la vejez.

La vida de la raza recorre las diferentes edades con una regularidad casi mecánica, como una rueda que hace aparecer sucesivamente sus radios. Las fuerzas del alma parecen colocadas en el cuerpo, en un orden fijo, y se elevan así sucesivamente. Nuestros sentimientos, nuestras inclinaciones y nuestras aptitudes cambian á la manera que el cuerpo. La vida de raza llega á su apogeo en la flor de nuestra edad. Una misma necesidad natural la hace crecer primero y declinar despues. Esta es una marcha irresistible que comienza con el nacimiento y concluye con la muerte.

La vida individual del espíritu no está sometida á estas leyes. Es indudable que se resiente de la edad de la raza; la bondad del instrumento, no puede ser en manera alguna indiferente al artista. En el cuerpo es donde habita el individuo, donde percibe, donde obra, y el cuerpo del niño no es lo mismo que el del anciano.

Pero el espíritu individual no deja de conservar sus cualidades propias, sustraídas á las leyes de la edad. Una ca-

bellera blanca oculta muchas veces un espíritu juvenil, y una cabellera blonda, una prudencia de anciano, lo cual sólo puede explicarse oponiendo el individuo á la raza.

Llega una edad en que ésta es impotente para progresar; pero ni aún la vejez misma puede impedir al individuo que continúe desarrollando su inteligencia y su corazón. El elemento físico se ha hecho estéril, y el espiritual continúa siendo fecundo; el uno cae en la disolución, el otro produce sus más preciados frutos.

Ambas líneas están, sin embargo, muy léjos de ser paralelas. Mientras la una se mueve con un orden constante, y sobre el que nada puede la voluntad, la otra está casi sometida por completo á nuestra acción. Es indudable que el individuo no puede crearse un talento que no tenga en su gérmen. Las aptitudes son impuestas, y nadie es responsable de ellas, pero cada cual tiene el poder y el deber de desarrollarlas, de perfeccionarlas, de moverlas en armonía con el orden general. De aquí esa tendencia innata á la libertad, que es la única que nos permite revelar y manifestar nuestras aptitudes. El esfuerzo hácia la perfección, los conocimientos adquiridos, las buenas obras y el sacrificio heroico pertenecen al individuo y lo ensalzan. La pereza, las liviandades, los vicios y los crímenes, se le atribuyen con razón y lo hacen un miserable. El individuo es de este modo dueño de su vida y su juez propio.

6. *Por consiguiente, la vida de raza es principalmente impuesta por la naturaleza; la del individuo, es determinada por la libertad.*

La libertad de pensar es la más elevada que el hombre posee. En lo que cree y principalmente en lo que sabe, es en lo que el hombre tiene conciencia de su libertad. En esto no sufre coacción de nadie; siente que su espíritu se decide y se determina por propio impulso.

El espíritu individual no es un vaso vacío en donde el maestro puede echar lo que se le antoje, sino que razona, elige y rechaza. Si acepta, es modificando, trasformando ó extendiendo. La naturaleza ó la aptitud prévia es lo único que puede permitir las investigaciones del sábio, los trabajos del hombre de Estado, los altos hechos de los seres; pero cada cual de éstos conserva al mismo tiempo su libertad en su acción fecunda. Cuando yo obro, sé que me he decidido libremente, que ejecuto mi voluntad, que soy res-

ponsable de mis actos. No hay duda que se unen á mi libertad impulsos involuntarios; ésta no es absoluta, sino relativa y restringida como mi conciencia; pero no puede negarse que existe, que se desarrolla, como mi responsabilidad, en razón del sentimiento más elevado é ilustrado que de ella tengo.

7. *La raza se perpetúa indefinidamente por la reproducción; las manifestaciones individuales son cortas como nuestra propia vida. El individuo dura poco como hombre, pero no muere necesariamente con el cuerpo.*

La inmortalidad relativa de la raza, no es más que la sucesión de las vidas individuales; la raza humana dura tanto como la humanidad; la raza nacional muere con el pueblo y aún dura ménos la raza de familia.

Empero, no perteneciendo á la tierra el espíritu individual, nada obliga á creer que muere con el cuerpo. Siendo una emanación del espíritu infinito, porque no ha de poder volver á Dios y conquistar una vida nueva? El espíritu individual, que aspira á lo infinito, puede participar de la vida eterna.

8. *La raza funda la igualdad, el individuo, las diferencias; la raza une y relaciona sus numerosos hijos, la individualidad los distingue entre sí.*

En todo círculo de raza hay cierta igualdad de aptitudes. Los hijos de una misma familia, de un mismo orden ó de un mismo pueblo, tienen el sentimiento de su parentesco, y se miran como hermanos respecto de los extranjeros. Aquiles y Ajax, Ulises y Tersitas, Platon y Aristóteles son iguales como helenos, por diferentes que sean como individuos. Los progresos de la civilización multiplican las diferencias individuales. En un pueblo inculto, en donde la uniformidad de ocupaciones no da á las aptitudes ocasión de manifestarse, domina la igualdad de la raza, la cual prueba su poder manteniendo la igualdad y la comunidad de todos sus miembros, á pesar de las diferencias individuales que los dirigen por diversos caminos.

La individualidad, por el contrario, especializa, pero es también una causa de apreciación. El individuo, puede, según sus tendencias, aislarse ó buscar el comercio de sus semejantes. Todas las asociaciones humanas se fundan en la igualdad de raza. Y son las más veces el resultado de la elección; hay un gran número de éstas que son plenamente